

la Religión Católica es la única que predomina; y años se pasarán, y mientras á la cabeza de la Iglesia se encuentren sacerdotes tan dignos y tan activos como la ilustrada personalidad que nos ocupa, la Religión Católica, la más pura y más santa, será la que tenga su altar de oro y de marfil, construido en el corazón de los queretanos.

Pluguiera al Dios Todopoderoso, que siempre tuviera fijos sus ojos providenciales en esa bendita porción del territorio mexicano para que conserve en su puesto largos años al Ilmo. Sr. Dr. D. Rafael S. Camacho, santo por sus virtudes y admirado por su sabiduría.

Consignar en una obra los hechos grandiosos de hombres distinguidos como nuestro biografiado, además de ser patriótico, es un deber que reclama la justicia, para que nuestros pósteros sigan su ejemplo y sean fieles imitadores de lo sublime y de lo grandioso.

Los sacerdotes de esta talla nunca mueren. La materia que reviste su espíritu, más ó menos tarde se extingue, reconociendo á la madre naturaleza; pero su memoria se conserva viva mientras el planeta gire alrededor de su eje entre los demas planetas y hay hombres vivientes en él que perciban ese uniforme movimiento.

Sirya esta "Breve reseña" para que autores más inteligentes que nosotros formen obras que sean biografías completas de los miembros más prominentes del Clero que hoy ocupan los más culminantes puestos como distinguidas dignidades del Gobierno Eclesiástico en el episcopado mexicano.



ILMO. SR. LIC. D. IGNACIO SUAREZ PEREDO,  
OBISPO DE VERACRUZ.

ILMO. SR. DR.

## DON JOSE IGNACIO SUAREZ PEREDO

OBISPO DE VERACRUZ

ALLÍ donde las olas juguetonas van á morir mansamente en las playas encantadoras; allí donde una brisa suave y deleitosa esparce sus menudas y plateadas gotas, como lluvia de perlas y brillantes; en aquel suelo privilegiado, donde el Supremo Hacedor del Universo ha puesto tantos encantos y riquezas, tal parece que el ángel malo se empeña en destruir la obra del Señor, y pretende, por cuantos medios están á su alcance, amargar la vida de sus habitantes que debia deslizarse llena de felicidad.

Pero no es así; el clima enfermizo y variable hace víctimas á cada paso, y la fiebre amarilla no deja de amargar en la estación calurosa á todo el que llega á las playas de aquel puerto.

Las azuladas olas que van á rendir suavemente entre la tupida arena; aquellos riscos de espuma que

como ondinas caprichosas besan las pequeñas rocas y siguen impasibles su camino, siempre deslizándose tranquilas, se enfurecen al impulso indomable de los vientos y se convierten en verdadero peligro para las naves.

La plateada luna no luce entonces ni se refleja en aquel espejo vastísimo, y los luceros centellantes, esas antorchas que parecen alumbrar el féretro en que yace el día, se ocultan entre los pliegues que forman las tinieblas de una noche tempestuosa.

Los vientos desencadenados y las furias de la tempestad hacen juguete á las embarcaciones muy á menudo, y aquel cielo tranquilo y trasparente algunas veces, se torna en densos nubarrones que entoldan el agitado mar, el cual parece que pretende llevar sus olas más allá de sus límites.

Este es el aspecto lúgubre y sombrío que ofrece el Golfo cuando la borrasca le agita y los elementos se desencadenan. Entonces el alma se eleva á su Creador, recogiendo en lo más íntimo, y dirige al Cielo una plegaria. La madre cariñosa hace arrodillarse á su hijo querido, junta sus manos y procura que repita una oración sencilla.

Aquellas horas son sublimes porque encierran instantes de recogimiento y porque el espíritu se siente atraído á su antigua patria; pero ¡cuánta angustia y cuánta pena encierran para la familia que tiene un sér querido cruzando los mares!

El Ilmo. Sr. D. Francisco Suarez Peredo, hermano del sabio Prelado que vamos á presentar en la galería de eclesiásticos notables que estamos formando.

fué el primero que supo llevar al seno de aquella diócesis la caridad cristiana.

Dejó entre sus feligreses el más grato recuerdo de su ilustre personalidad, y un sello de actividad y aptitud en todo el obispado. La Iglesia veracruzana guarda su nombre con veneración por los inmensos beneficios que la prestó durante su gobierno.

Hay hombres que no mueren para la posteridad, y el Ilmo. Sr. D. Francisco Suarez Peredo vivirá siempre en el corazón de todo buen veracruzano que sepa apreciar lo que valieron cada uno de los hechos que constituyeron la vida de tan digno Prelado.

Desde que tan virtuoso sacerdote tomó posesión de la silla episcopal de Veracruz, hasta que la muerte le sorprendió, fué el Sr. Suarez Peredo un dechado de bellas cualidades y un modelo de prudencia y de talento.

Pasemos ahora á bosquejar, aunque sea brevemente, la vida del Ilustre Obispo que pretendemos biografiar.

Los padres del Sr. D. José Ignacio Suarez Peredo fueron el Sr. D. Agustin Suarez Peredo y D.<sup>ña</sup> María Agustina Besarez; tuvo por tio materno al distinguido Presbitero D. José María Besarez, ilustre felipense muerto en Orizaba en olor de santidad.

En la misma ciudad donde murió ese Prelado, nació el sacerdote que hoy dignamente ocupa nuestra humilde atención, el año de 1834.

Terminados sus estudios se ordenó de sacerdote, recibiendo el grado de Licenciado en derecho Canónico.

El Sr. Suarez Peredo fué Cura de San Juan Bautista de los Nogales; profesor de derecho canónico en el Seminario de la diócesis, Promotor fiscal, primero en la curia de Puebla y despues en la de Veracruz.

En estos altos puestos, que desempeñó con positiva satisfacción de sus superiores, fué verdaderamente admirado, no sólo por los de su gremio, sino hasta por las personas seglares más distinguidas que tuvieron la oportunidad de tratarle de cerca.

Durante mucho tiempo desempeñó el cargo de Secretario de la Mitra; despues fué Tesorero, Provisor, Vicario general, Canónigo, Vicario capitular en la vacante que dejó el Ilmo. Sr. D. José María Mora y Deza, al ser trasladado de la Iglesia de Veracruz á la de Puebla, y finalmente en 1887 preconizado Obispo de Veracruz y consagrado por el Ilmo. Sr. Labastida en la iglesia de la Profesa, en Julio del mismo año.

Este Ilustre Arzobispo, que supo conducir con notable acierto al pueblo católico por el sendero del bien, tuvo la gloria de consagrar, en toda la época de su gobierno, á Obispos de gran talla, que han sido sacerdotes incansables y columnas indestructibles de la Iglesia. Por eso no hemos vacilado en biografiar al Ilmo. Sr. Suarez Peredo, que, cual brillante constelación, se destaca en los horizontes de la Religión y de la fe.

Nuestro biografado fué nombrado Obispo de esta Sede en Consistorio secreto de 19 de Marzo de 1863.

Segun refiere un ilustrado historiador, en comuni-

cación del Cardenal Antonelli al Ilmo. Sr. Munguía, fechada en Roma el 16 de Junio de 1855, se dispuso que dicha Sede se fijara en Jalapa, conforme al decreto consistorial de 1.º de Junio de 1850, confirmado por el de 2 de Noviembre de 1853, en que se dejó al ejecutor de la Bula "*Quod olim Propheta*" la facultad de elegir Orizaba ó Jalapa, segun su prudente arbitrio.

Jalapa, la ciudad de las flores, fué la predilecta, pues allí se encuentra el templo más suntuoso de toda la diócesis: la Catedral consagrada por el Sr. Suarez Peredo en 18 de Noviembre de 1864.

Partió el Sr. Suarez Peredo para su diócesis, donde fué muy bien recibido, y poco tiempo despues de su llegada hizo una visita general á todas las dependencias del Obispado.

Las visitas siempre han sido de gran importancia para el adelantamiento moral y material de los pueblos, cuyas firmes creencias son y han sido las que nos legaran nuestros padres, quienes con viva fe conservaron en sus corazones la doctrina del Crucificado.

La llevada á cabo por Su Ilustrísima, difundió por todos los ámbitos de la diócesis el consuelo á los creyentes, el aliento para la propagación del Catolicismo entre los párrocos y demás dignidades de la Iglesia; y las palabras dulces y expresivas que pronunciaba en los templos llenaba de gozo y de alegría el hogar de sus diocesanos y convertia, como por encanto, á los descreídos.

Desde entónces cada vez que el Sr. Suarez Peredo

ocupa la tribuna, el pueblo cristiano le escucha con atención y sigue fielmente las sábias máximas de moral evangélica que brotan de sus labios.

Sus discursos son fluidos, y tal parece, al expresarlos, que se encuentra inspirado por el Espíritu Santo, como los Apóstoles que predicaron el Evangelio, ó sea la vida del Dios-Hijo, en aquellos días luctuosos en el paganismo dominaba una gran parte del viejo continente.

Acaso nuestros justos encomios vayan á lastimar la reconocida modestia de nuestro biografiado; pero nosotros, escritores imparciales, debemos narrar todo lo verídico, lo justo, esto es: "dar al César lo que es del César."

En estos pequeños rasgos biográficos no hemos hecho otra cosa que dar á conocer al Ilmo. Sr. Obispo de Veracruz, tal como se lo merece.

Inteligente y muy entendido en los negocios eclesiásticos; formado en la escuela donde estudió su hermano D. Francisco, el actual Obispo de Veracruz, tiene sobre el estímulo de sus propias virtudes el ejemplo de sus antepasados y el vasto campo de acción que le ofrece la diócesis.

El nombre ilustre de los Suarez Peredo es venerado en Veracruz, y repetido en toda la República con respeto y veneración.

Los hechos que durante cuatro años enaltecen al actual Obispo de Veracruz, son de aquellos que no necesitan comentarse, de esos que por sí solos bastan para que se inmortalice un hombre cuando éste ha llegado á colocarse en un puesto tan eminente como

el que ocupa el Ilmo. Sr. D. José Ignacio Suarez Peredo.

Las generaciones futuras sabrán guardar la memoria de tan ilustre Ministro de la Iglesia veracruzana, como á la presente se conserva el de su insigne hermano.

Que la historia eclesiástica recoja los datos que le ofrecemos, para que juzgue del señor Obispo que hoy presentamos. Ella, más autorizada que nosotros, sabrá hacer justicia y apreciar, en lo que valen, los méritos del que tan dignamente ocupa la silla episcopal de Veracruz. Y cuando otro Prelado ocupe aquella Sede, que se inspire en el comportamiento que siguieron los Sres. Suarez Peredo, dejando bien sentado el ilustre apellido que, como mejor herencia, les dejaron sus antepasados.

Faint, mirrored text visible through the paper from the reverse side of the page.



ILMO. SR. DR. D. MIGUEL MARIANO LUQUE AYERDI,  
ORISPO DE CHIAPAS.

Vertical text on the right edge of the page, possibly a library stamp or archival mark.

---

ILMO. SR. DR.

**DON MIGUEL MARIANO LUQUE**

OBISPO DE CHIAPAS

---

UNA de las poblaciones del Estado de Puebla, si no más importante por sus elementos, sí por la moralidad de sus habitantes, es la de Zacapoaxtla. Allí la Religión Católica, como en todo el Estado, predomina con sus máximas sábias y se halla en todo el apogeo que la dan sus principios y sus tendencias.

El Dios de las misericordias y del amor infinito ha puesto su predilección en aquel suelo, y la sabia doctrina del Hijo de María, basada en los muchos testimonios históricos y verídicos que todavía asombran y asombrarán al mundo católico, es la que lleva á todos los corazones el consuelo y la esperanza, la abnegación y la filosofía, para todas las adversidades de la vida.

Por eso es tan feliz el Estado de Puebla, y por eso huirán de él todas las calamidades, porque el Señor

lo protege y vela por él, siempre que sus hijos cumplan con la ley divina y practiquen las máximas sagradas del Crucificado.

Cada familia de aquella pequeña población lleva al seno del hogar las prácticas religiosas, instruye á sus hijos en la ley de Dios, implanta en sus tiernos corazones el amor á las cosas divinas y el despego á los bienes mundanos, y les enseñan á reconocer en todo hombre á un hermano.

De aquí que cuando crecen aquellos niños cuentan con un precioso caudal de bellos sentimientos, y las pasiones y los vicios no pueden infiltrar su veneno en aquellas almas cerradas para el mal y ampliamente abiertas para el bien y la virtud.

Los principios de una educación sólida no pueden jamás perderse; ellos viven con el recuerdo de nuestros mejores días, son los compañeros de nuestras más caras ilusiones que se disiparán como el humo al soplo de la realidad y se hallan encarnadas en nuestra alma con el cariño de una madre. Así que todas aquellas máximas piadosas, todos aquellos sentimientos religiosos que los padres inculcan á sus hijos, prevalecerán siempre y nunca podrán perderse en el olvido, por más que el vicio y las pasiones las combatan y traten de arrancarlas, como los aquilones á las plantas que han echado hondas raíces.

Así es como viven felices aquellos hijos de Puebla, siempre fieles á su Dios, acatando todo aquello que ordenan sus Ministros y siguiendo la senda por donde éstos les guían, senda que conduce á la verdadera y única felicidad.

En aquella población nació el Sr. D. Miguel Mariano Luque, el año de 1838. Sus padres, que fueron modelo de cristianos, educaron á su hijo con esmero, y cuando éste llegó á la edad de la juventud, había heredado las virtudes de sus padres.

Los primeros estudios hechos con notable aprovechamiento por aquel jóven, y los conocimientos elementales que puede decirse tenía ya de la Religión Católica, despertaron en él un vehemente deseo de seguir la carrera eclesiástica, é ingresó al Seminario Palafoxiano de Puebla, plantel que guarda la memoria del más ilustre de los Obispos que ha tenido la diócesis Angelopolitana.

Necesario era que la vocación del Sr. Luque se cumpliera; que aquel corazón formado para que fuera el santuario de todas las virtudes apostólicas, como lo había sido de elevados sentimientos, tuviera un sitio donde ponerle á prueba, un asilo bendito donde aquella vocación se vigorizara y aquellos sentimientos se nutrieran con todos los dones de la Religión.

Ese asilo fué el palacio episcopal del Ilmo. Sr. Colina, de quien fué familiar el Sr. Luque. Aquella vida tranquila, consagrada al culto del Señor y á todas las atenciones que demanda el gobierno eclesiástico, absorbió por completo el sér de nuestro biografiado, y allí, léjos del bullicio del mundo que todo lo envuelve y todo lo corrompe para sepultarlo en un abismo insondable de perdición, el Sr. Luque se dedicó á instruirse más y más, sediento siempre de saber.

Allí enriqueció todos los conocimientos que había



adquirido, y que más tarde debían valerle la justa fama de sabio que hoy disfruta.

Con aquel celo católico y aquel amor con que el Sr. Colina gobernó la Iglesia chiapaneca, así regía los destinos de la diócesis Angelopolitana.

La Mitra que dignamente había ceñido en Chiapas la frente del Sr. Colina, estaba destinada á ceñir la del Sr. Luque, por eso la Providencia Divina le puso al lado de aquel insigne Prelado para que aprendiera de él todas las virtudes y todas las bellas cualidades que forman el mejor recuerdo que del Ilustrísimo Sr. Colina guarda el pueblo chiapaneco.

Llegó por fin el anhelado día en que el Sr. Luque recibiera las órdenes sagradas. La Iglesia mexicana contaba ya en su seno á un nuevo sacerdote que, dispuesto á defender y propagar la Religión Católica, hacía sus votos al pie de los altares.

Las tareas de la Secretaría del gobierno eclesiástico fueron su constante ocupación desde que se ordenó; sirvió por algún tiempo la parroquia de San Marcos en Puebla, y más tarde los eminentes servicios que había prestado en aquel curato, le valieron una prebenda en la Catedral de aquella diócesis.

Preconizado Obispo de Chiapas el día 13 de Noviembre de 1884, fué consagrado por el Ilmo. Sr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, en la Catedral de Puebla, el día 27 de Diciembre del mismo año.

Antes de la creación de este Obispado, pertenecía Chiapas á Tlaxcala, cuyo Obispo lo era, según informes tomados de buena fuente, el Sr. Garcés; pero por

cédula de 11 de Diciembre de 1536 pasó á la jurisdicción del Sr. Marroquín, Obispo de Guatemala, que fué el que estableció allí el orden en que debía gobernarse y constituirse.

Su erección se verificó en el Consistorio celebrado el 19 de Marzo de 1539. La bula fué despachada con un año de anterioridad.

El primer Obispo fué el Ilmo. Sr. Lic. D. Juan de Arteaga.

El año de 1543 sólo existían en San Cristóbal las Casas tres sacerdotes: D. Gil Quintana, D. Juan de Perera y D. Diego Gómez.

Se dice que aquella porción del territorio mexicano posee más de quinientos templos católicos, un Seminario Conciliar enriquecido por el Sr. Colina, Obispo finado, con un excelente gabinete de física.

Desde el Ilmo. Sr. Lic. D. Juan de Arteaga, hasta el Ilmo. Sr. Dr. D. Miguel Mariano Luque, se cuentan ya cuarenta y seis Obispos, y todos, á cual más, según aparece en la historia de los Prelados chiapanecos, han procurado conservar y sostener el culto católico con ardor y desprendimiento.

Algunos, como el Ilmo. Sr. D. Carlos María Colina, salieron desterrados por haber defendido las inmunidades de la Iglesia; pero Su Santidad el Papa Pío IX, reconociendo en el Sr. Obispo Colina méritos que lo adornaban, lo nombró Vicario y Delegado Apostólico cerca de la República de San Salvador, y en 19 de Marzo de 1863 lo trasladó á la histórica ciudad de Puebla de los Angeles.

Digno sucesor del ilustre Sr. Colina el señor Lu-

que, realiza todo lo que es de más provecho para su diócesis, y procura que sus subordinados formen una sola familia y que reine entre ellos el amor y caridad cristiana.

Compadecido hasta el extremo, auxilia á cuanto desgraciado se le presenta, y más de una familia que gime en la miseria, derrama sus bendiciones sobre aquel Pastor venerable.

La caridad, esta virtud bendita que muy pocos tienen y que muy contados practican, es la que predomina en nuestro biografiado, porque sabe que ella es la luz, la vida y la dicha suprema para los desgraciados cuando la reciben y la ven cerca de sí; es el amor que, conforme á la Religión Católica, debemos tributar á todos y cada uno de nuestros semejantes.

A cada sér humano que se le allega, le tiende una mano protectora y le imparte su valiosa protección cuando necesita de él para subvenir á sus necesidades; y cuando aquel sér posee abundantes bienes de fortuna y se descarría siguiendo el sendero peligroso que toma el hereje y el descreído, también le abre con su ejemplo y sus consejos el camino del bien y de la salvación de su alma.

Esto es lo que se llama saber practicar la caridad cristiana; esto es lo que significa ser un digno Pastor que vela por la felicidad temporal y eterna de sus ovejas.

Un obispo así, tiene que ser estimado, respetado y admirado, en donde quiera que se encuentre, por todos aquellos en cuyo corazón existan visos siquiera de lealtad y buenos sentimientos.

De boca de algunos enemigos de la Religión Católica hemos escuchado, en no pocas ocasiones, elogios muy merecidos en favor de sacerdotes que han sabido conducirse con prudencia en la sociedad y practicado la virtud.

Entre éstos podemos citar al Sr. Obispo de Chiapas, sin riesgo de ser calificados de aduladores, porque jamás adula quien dice la verdad pura y neta.

Que la Iglesia chiapaneca tenga por muchos años á tan ilustre Obispo, y que siempre disfrute la paz y tranquilidad que han sabido proporcionarla eclesiásticos tan dignos como el Ilmo. Sr. D. Miguel Mariano Luque.